

LIBROS

El lugar de la mujer

Agresividad, ambición, espíritu independiente son rasgos de carácter que se atribuyen comúnmente al varón frente a la mujer. La cual es, a su vez, emotiva, dependiente, intuitiva, voluble. Son ciertamente estereotipos, pero que tienen, pese a todo, cierta base real. Al menos por lo que se refiere a nuestra cultura.

Existe, pues, un sexo social que está en estrecha relación con el sexo físico. Lo cultural está de tal forma imbricado en lo biológico que nos es imposible muchas veces determinar dónde acaba lo uno y comienza lo otro. Sin embargo, basta comparar desde el punto de vista antropológico diversas sociedades entre sí para comprender el papel fundamental del aprendizaje en la determinación de la conducta de los individuos de cada sexo.

Hay sociedades, estudiadas, entre otros, por Margaret Mead, donde la agresividad es valorada negativamente, a diferencia de lo que ocurre en la nuestra, que premia al individuo emprendedor y competitivo; rasgos sublimados de agresividad. Hay otras sociedades, por el contrario, donde las mujeres muestran tanta acometividad como los hombres. Pese a todo, según ha observado la propia Margaret Mead, la agresividad parece ser un rasgo más universal entre los varones que en el sexo opuesto. Parece existir, pues, cierta base biológica en la acometividad masculina, si bien su expresión o inhibición depende casi enteramente del aprendizaje cultural.

Uno de los rasgos que hemos señalado como propio del estereotipo femenino es la dependencia emotiva. Ahora bien, esta dependencia emotiva puede justificarse en muchos casos por la sujeción de la mujer a otro tipo de dependencia: la económica. E influye a su vez —o puede influir, al menos— sobre la propia capacidad intelectual de aquella. Los niños dependientes, sea cual fuere su sexo, encuentran por lo general más dificultad para el pensamiento abstracto que los otros. He aquí que intervienen de nuevo los factores culturales.

Sin embargo, este tipo de dependencia de la mujer respecto del hombre, ¿ha existido siem-

pre a lo largo de la historia de la humanidad? Y si no ha sido así, ¿qué factores sociales han contribuido a inculcarla precisamente en el sexo femenino?

Tal es la pregunta a la que tratan de responder M. Kay Martin y Barbara Voorhies en un libro de reciente aparición (1). Basándose en los resultados de numerosos estudios antropológicos de culturas presentes y pasadas, las autoras analizan la posición ocupada por la mujer en cinco tipos bá-

A pesar de los progresos realizados en el presente siglo, muchas veces debidos a circunstancias trágicas, como las guerras mundiales, tal y como analizan las autoras en los últimos capítulos del libro, dedicados respectivamente a la mujer en la Unión Soviética y en los Estados Unidos, la emancipación femenina dista todavía mucho de ser completa.

Así, en la URSS, uno de los países donde la equiparación legal entre sexos está más avan-



Margaret Mead, en segundo término, con Bella Abzug, en la Conferencia Nacional de Mujeres, celebrada en noviembre pasado en Houston.

sicos de sociedades que se han sucedido desde la prehistoria y que se distinguen por su forma de conseguir o producir alimentos: sociedades recolectoras, horticultoras, agricultoras, dedicadas al pastoreo e industriales.

A lo largo de más de trescientas cincuenta páginas, las autoras nos muestran cómo el ajuste ecológico propio de cada una de esas sociedades ha determinado una fijación concreta de papeles sociales según el sexo de los individuos. Y cómo se ha ido pasando por sucesivas etapas, aunque no totalmente lineales, desde una casi complementariedad inicial entre los sexos —en las sociedades recolectoras— a una cada vez mayor dependencia de la mujer, con la intensificación creciente de los cultivos, la abolición de la poligamia, la disminución del tamaño de las familias y el inicio de las concentraciones urbanas.

Sólo cuando, hace apenas doscientos años, la clase social sustituya al sexo como criterio principal para la división del trabajo —es decir, a raíz de la revolución industrial—, se iniciará todo un proceso de emancipación femenina que coincidirá paradójicamente con la máxima explotación de la mujer bajo el capitalismo.

(1) "La mujer: un enfoque antropológico". Traducción: Enrique Hegewicz. Edit. Anagrama. Barcelona, 1978.

zada, la mujer ocupa, en la industria, los puestos más bajos e incluso a veces los que mayores esfuerzos físicos exigen. E incluso en profesiones como la médica, si bien es cierto que el porcentaje de ocupación más alto corresponde al sexo femenino, la proporción se invierte cuando se trata de puestos de responsabilidad. La discriminación es todavía más aguda en los Estados Unidos. Basta comparar los niveles retributivos medios del hombre y la mujer en una misma profesión y un mismo puesto de trabajo.

Todavía queda, pues, un largo camino por delante. Mientras tanto, no está de más reflexionar en ciertas palabras recientes de Marcuse cuando le preguntaron por su punto de vista acerca de la liberación de la mujer. Según el autor de *Eros y civilización*, ese proceso no debería pasar por la simple asimilación de la mujer de rasgos y pautas de comportamientos propios del hombre occidental. Porque la emancipación femenina resultará en buena parte fallida si no trae consigo un profundo, radical cambio cultural.

■ JOAQUIN RABAGO.

Un juego sin reglas

De vez en cuando aparecen pequeños "genios" que descubren que algunas de las teorías

básicas en cualquier rama de la ciencia, esas que hace muchos años están firmemente asentadas por haber sido aceptadas y confirmadas por los científicos correspondientes, al margen de su particular ideología o postura, son en realidad una gran necesidad, algo superficial, estúpido, que cualquier ignorante hubiese planteado mejor. Normalmente, para llegar a tales afirmaciones, estos descubridores parten de algún postulado generalmente aceptado, que es lugar común, pero que al ser sacado de su contexto parece cobrar originalidad suficiente para justificar al "genio" ante sí mismo.

Es lo que sucede con el joven profesor del Lady Spencer Churchill y Polytechnic de Oxford, José Antonio Jáuregui, quien en un reciente libro editado por Espasa Calpe (1) descubre que todos los sociólogos han estado equivocados hasta la fecha al fiarse ingenuamente de aquellos que elaboraron las teorías sobre las clases sociales. El profesor Jáuregui, antropólogo social y discípulo de Evans-Pritchard, no tiene inconveniente en afirmar que "el planteamiento marxista nos parece un planteamiento de la sociedad muy incompleto, ingenuo, y en parte falso. La especie humana no se divide ante todo en clases, sino en tribus que compiten, rivalizan y, a veces, luchan entre sí" (pág. 40).

Su definición de tribu como "una sociedad humana 'sui generis', con una naturaleza y un funcionamiento específicos, e irreductible a cualquier otra especie de sociedad humana. La unidad de esta sociedad procede de un sentimiento específico... que funde a los individuos de un determinado territorio en un solo ser frente a otros individuos de otro territorio. La tribu es sentida como un hogar, una familia frente a otra familia de ese mismo nivel", le permite aplicar este concepto a todas las situaciones y aspectos de la vida y el comportamiento de las personas.

En su extensa explicación de cómo es este "sentimiento 'sui generis'" el que actúa de motor para las actitudes más comunes del hombre, así como para sus manifestaciones artísticas, históricas, económicas, raciales, musicales, religiosas, etc., etc., el profesor Jáuregui va entremezclando muy diversos conceptos clásicos en la ciencia antropológica, que caben todos dentro de ese cajón de sastre que es para él la tribu, tales como la cultura, el mundo de

(1) José Antonio Jáuregui: "Las reglas del juego: Las tribus". Colecciones Austral. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1978.